



San Juan, Puerto Rico

Lunes, 10 de Diciembre de 2007

Actualizado a las 4:44 AM

[Noticias](#)
[Vidas únicas](#)

JOSÉ ALICEA

Coloquio entre el pincel y la palabra

Aprender a ver, aprender a utilizar los espacios, aprender a aplicar las pinceladas, aprender a ver las letras como modelos vivos. Todo ello alimentó su maestría y le lanzó a un vértigo imparable de producción.

[Por Josean Ramos / Especial para El Nuevo Día](#)

Próximo a cumplir 80 años -50 de ellos como grabador- pleno de salud y entusiasmo, el maestro José Alicea recuerda con gratitud los consejos que le daban sus dos grandes mentores a inicios de su prolífica carrera artística, Miguel Pou y Lorenzo Homar.

Con Pou aprendió el arte de ver aquella tarde cuando Alicea pintaba el rostro de un hombre y, de pronto, el maestro empezó a añadirle colores verdes por aquí y azules por acá. Alicea le preguntó por qué lo hacía si el modelo no tenía tales colores y don Miguel le dijo que se acercara y observara bien el reflejo de la pared en aquel rostro recién rasurado. Así lo hizo el joven aprendiz y, al cabo de unos minutos, empezó a ver en su piel no sólo verdes y azules, sino tonos lilas, rojos, amarillos y una gama de colores que en su primera ojeada no pudo ver.

Con Homar aprendió a trabajar en grande, cuando el maestro le pidió que dibujara algo en un papel tamaño carta y en la esquina de la página Alicea dibujó un hombre arrodillado. A Homar le gustó mucho, pero le reprochó no usar la página entera y le aconsejó en adelante dibujar en grande por aquello de que “un dibujo grande bueno es siempre mejor que uno pequeño bueno”.

Desde entonces, el maestro José Alicea ha trabajado en grande cada obra de arte que concibe su genio creativo, lo que le ha permitido ser uno de los máximos exponentes de la plástica puertorriqueña, sobre todo, en su constante diálogo entre palabra e imagen.

Sus primeras manifestaciones artísticas fueron a temprana edad, junto a un primo muy creativo, Ricardito, que lo enseñó a hacer y a pintar avioncitos y barquitos de madera. O en aquellos días de lluvia, cuando se quedaba en su casa del barrio Bélgica a dibujar y a pintar con otros niños del vecindario. Ya en tercer grado hacía competencias mensuales de tirillas cómicas con un compañero de clase, que circulaban por toda la escuela Emeterio Colón para que los estudiantes votaran por la mejor.

Las tirillas de su amigo eran cómicas de verdad; las suyas eran dramáticas, basadas en obras de Emilio Salgari.

sondeo

¿Cree que el boricua Miguel Cotto derrotaría a Oscar De la Hoya en un futuro choque titular?

- Sí
 No

opinar

A los 12 años aprendió el oficio de la ebanistería y durante algunos meses se dedicó a tornear unos tapones para rellenar los huecos en los muebles de ratán. Al siguiente año se graduó de octavo grado y, aprovechando un programa de empleo para jóvenes mayores de 18, se hizo pasar por tal, lo aceptaron y durante algún tiempo estuvo haciendo pupitres para estudiantes.

Con tan rara suerte que a los seis meses se instauró el Servicio Militar Obligatorio (SMO), y recién cumplidos los 14 se dejó reclutar para no perder su empleo. Además de adquirir disciplina, paradójicamente, fue en el ejército donde conoció el arte, porque allí había un muchacho que pintaba al óleo, algo que él nunca había visto, y con él aprendió las primeras lecciones. “Un día voy bajando por donde había una cárcel en El Morro y allí tenía montado Cañizares un pequeño estudio. Estaba copiando al óleo una pintura de Velázquez y yo me paré a mirarlo. Me mandó a entrar y estuvimos hablando un rato. Ahí se desarrolló una gran amistad”, rememora el artista.

Estando en el ejército, tomó un curso de arte por correspondencia en Washington School of Arts, y estuvo coqueteando con el arte hasta que se licenció a los 18, cuando los demás debían enlistarse. Tras completar la superior, quiso proseguir estudios en la academia de arte que tenía el maestro Miguel Pou en la Calle Salud de Ponce, pero el ejército no lo dejaba matricularse.

Mientras tanto, don Miguel lo dejó quedarse y tomar las clases, a cambio de ayudarlo en la preparación de los materiales para los estudiantes. Las clases iniciaban a la 1:00 y él llegaba a las 11:00 de la mañana para preparar los bastidores. A los seis meses, Veteranos le autorizó el curso de dibujo y pintura que ya estaba tomando a su propio riesgo, con uno de los seres que más le enseñó.

“La experiencia con don Miguel fue muy educativa, aprendí mucho, era muy buen maestro. Ahí se hablaba de filosofía, de literatura, era muy práctico, siempre era con modelos vivos. Salíamos al

campo una o dos veces a la semana. Aprendí mucho, mucho con Miguel Pou. Él me enseñó a ver realmente”, dice con reverencia.

Después de eso manejó un tallercito de rótulos en la Calle Villa y tal oficio despertó en él una de sus grandes pasiones artísticas, el gusto por la palabra, que años más tarde lo llevaría a trabajar magistralmente en su gráfica la obra de numerosos escritores internacionales. Luego de tomar un curso por correspondencia de diseño de vitrinas, Alicea ejerció con éxito este nuevo oficio en el New York Department Stores de Río Piedras, que era como pintar en tres dimensiones o hacer lo que hoy llaman una instalación. Al poco tiempo, se inició como ilustrador en el Departamento del Trabajo, en una oficina a cargo de una campaña para prevenir accidentes.

Y cuando el Instituto de Cultura Puertorriqueña (ICP) anunció talleres de arte a cargo de Compostela y Lorenzo Homar, Alicea puso todo su empeño y consiguió una beca que le permitió asistir a sus cursos tres veces a la semana. Con Compostela estuvo un año y al siguiente, cuando empezó el curso de grabado con Homar, la relación con el nuevo medio resultó amor a primera vista, por su fuerza expresiva y las posibilidades de difusión que le daría a su futuro trabajo artístico, más de la mitad de corte político.

A partir de entonces, se dedicaría en alma y cuerpo al cultivo de la gráfica en sus diversas expresiones, sobre todo, el cartel, que al cabo de medio siglo de intensa labor artística sobrepasan de 160, muchos conmemorativos de acontecimientos o figuras políticas identificadas con los valores patrios. “A mí siempre me ha interesado el pueblo y la cuestión política más todavía. De mi obra, más de la mitad es política”, reconoce, y por eso prefiere el grabado, que es más accesible al pueblo, por sus posibilidades de reproducción.

En 1968 recibió una beca de estudio que le permitió irse con mochila al hombro en un viaje memorable por Europa, donde visitó museos, talleres, iglesias y galerías, cuyas obras universales estudiaba con devoción. Recuerda un día en Milán cuando quiso ver “La última cena” y cortó desde el Palacio Sforza por el mismo atajo que debió caminar Leonardo para llegar a la Iglesia Santa María de la Gracia, donde se exponía la obra. Al llegar, encontró un portoncito semiabierto y entró a una sala donde se topó de frente con “La última cena”, sin guardias, guías ni visitantes, solita para él.

Fue tal la impresión, que se sentó en el piso a mirarla y a estudiarla por más de tres horas, casi sin pestañear, viendo su piel de escamas deteriorada ya por el peso de los siglos. Tan así, que bastaría una sola pasada de manos para borrar por siempre algún fragmento sagrado, y de sólo pensarlo supo que se estaba corriendo un riesgo, que después de todo valía la pena. Durante tres meses hizo lo propio con otras consagradas obras de Goya, Velázquez y Rembrandt, hasta descubrir sus respectivas pinceladas.

Al cabo de 50 años de intenso quehacer artístico -32 como profesor en la Escuela de Artes Plásticas- el maestro José Alicea tiene a su haber una obra singular de primer orden, que sirve de inspiración a otras generaciones de artistas.

Sus obras han figurado en innumerables exposiciones personales y colectivas, nacionales e internacionales, que le han merecido múltiples premios y distinciones, como los del grabado y cartel del Ateneo, que ganó varios años sucesivos; o el Premio Mildred Boerique para Xilografía del Print Club of Philadelphia, entre tantos otros. Muchas obras figuran en colecciones privadas y públicas aquí y en Nueva York, la Biblioteca del Congreso, Argentina, Cuba, Chile, Venezuela, México, Alemania y hasta en el Museam Majdanek en Polonia.

Su pasión por la palabra escrita desde que manejaba el tallercito de rótulos, así como el temor al olvido, encontró su máxima expresión en el género del portfolio, que utiliza para ilustrar a grandes artistas universales, como Palés, Julia de Burgos, Llorréns, Corretjer, “El Cantar de los Cantares”, Esopo, García Lorca y Neruda, cuyas ilustraciones para su centenario se exhiben en su querida Isla Negra.

Y en ese diálogo creativo entre la imagen y la palabra, Alicea aporta su arte para que éstos y otros poetas no mueran por segunda vez entre las nieblas del olvido.
